

Unión Cívica Radical ha sido, desde su origen, la fuerza continuadora de esa lucha por el imperio de la soberanía popular y la realización de sus fines emancipadores (...). El actual recrudecimiento de los obstáculos opuestos al ejercicio de la voluntad popular corresponde a una mayor agudización de la realidad colonial, económica y cultural del país».

Terminaba con tres advocaciones: «Por el radicalismo a la soberanía popular.

Por la soberanía popular a la soberanía nacional.

Por la soberanía nacional a la emancipación del pueblo argentino».

Tres días después —el 2 de julio— FORJA hizo su primer acto público en el teatro Boedo, seguido de otro en la Casa Suiza y un tercero en el Coliseo de Flores. Tuvieron éxito relativo. Los jóvenes intelectuales no arrastraban al pueblo. No obstante siguieron su campaña sin desfallecer mientras las asambleas de los viejos «nacionalistas» —que no pretendían dirigirse al pueblo— colmaban los teatros centrales. Hablaban casi el mismo lenguaje, pero en ese «casi» estaba la diferencia. Los nacionalistas eran intelectuales que se dirigían a otros intelectuales que ya estaban convencidos; los forjistas eran intelectuales que querían despertar el sentimiento nacional en la masa por medio de razonamientos. Más éxito tuvieron con las conferencias o clases en el sótano de la calle Lavalle, donde acabó instalándose FORJA, concurridas por muchos nacionalistas.

Adherentes tuvo pocos. La exigencia de la militancia radical contribuía a ello. Raúl Scalabrini Ortiz, que disertaba en el sótano de Lavalle y escribía en su boletín, no quiso inscribirse.

<sup>16</sup> M. A. Scenna, *FORJA. Una aventura argentina* (ed. La Vastilla, Buenos Aires, 1972), t. 1, pp. 86-88.

## B) EL REVISIONISMO HISTÓRICO

### Concepto

La consecuencia del «despertar del patriotismo en el campo de la cultura» fue el *revisionismo histórico*: exposición del pasado con criterio argentino.

La historiografía exige, como toda disciplina científica, una labor de *análisis* y otra de *síntesis*. La primera reconstruye los hechos del pasado por el *análisis* de las fuentes (documentos, testimonios, periódicos, cartas privadas, memorias, etc.). Pero no se agota la labor del método histórico con la reconstrucción de los hechos. La historiografía no es simple erudición, no es «pequeña historia» de hechos intrascendentes; es, esencialmente, comprensión de la sociedad y los factores que incidieron en sus cambios. Reconstruidos los hechos, deben valorarse de acuerdo a su importancia social. Es lo que se llama la *síntesis* histórica («hermenéutica» prefieren decir algunos).

Si el análisis ha sido estrictamente objetivo para ser valedero, la síntesis no puede dejar de ser subjetiva. Los historiadores no son dioses que juzgan desde el Olimpo, sino hombres que viven en la tierra e integran comunidades sociales. Su criterio para juzgar la historia depende de que predominen en ellos los vínculos de nacionalidad, de su clase social o su ideología particular.

Una auténtica historia argentina exige una reconstrucción aproximada del pasado (cumplida a medias entre nosotros) y una valoración con criterio argentino. (Entendiendo, no está de más decirlo, por patria al conjunto de los argentinos.) La historiografía clásica ha enaltecido los valores de la ideología liberal y a través de ellos los beneficios de una clase social. Con el «revisionismo» la historia dejaba de ser liberal (o marxista o de cualquier ideología que antepusiera una clase a la patria) para ser nacional.

## Antecedentes

La primera tentativa de escribir historia argentina a base de documentos fue de Mitre en 1876 al publicar la 3.<sup>a</sup> edición de su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. Valiéndose del vencedor de Tucumán como figura central, describe la vida económica en el momento de crearse el Consulado en 1806 y los acontecimientos militares y políticos hasta la muerte de su biografiado en 1820.

Pacientemente perfeccionada desde su primera edición de 1858, la tercera edición de *Belgrano* es el comienzo de la historia objetiva entre nosotros. Hasta entonces la narración subjetiva, con pocos o ningún documento, basada en la tradición oral o la imaginación, había predominado: su ejemplo era Vicente Fidel López (que entre 1872 y 1875 publicó su *Historia de la Revolución Argentina*, primera forma de su posterior *Historia de la República Argentina* con alcance hasta la revolución contra Dorrego de 1828). No necesitaba documentos: le bastaba la imaginación para evocar el pasado. Pero sabía dar vida, movimiento y colorido a sus personajes.

Mitre, que tenía una antigua discrepancia con López, escribió al historiador chileno Diego Barros Arana que «todo es falso y arbitrario» en la historia de López; «escribe la historia más bien según una teoría basada en hipótesis que con arreglo a un sistema metódico de comprobación». De esta divergencia surgiría un debate que apasionó a todo el Buenos Aires de 1878 (*Rectificaciones históricas, Comprobaciones históricas, Nuevas comprobaciones, etc.*). Ambos demostraron tener razón: Mitre contra López al decir que la historia debe escribirse a base de documentos, y López contra Mitre porque el general no atinaba a extraer lo que era fundamental en ellos.

Adolfo Saldías, como discípulo de Mitre, quiso continuar la inconclusa *Historia* de éste (que llegaba hasta 1820), con una *Historia de Rosas y la tiranía* que llegara hasta 1852. Sólo se conocía de esta época la literatura partidista que no valía para una historia documentada. Saldías leyó lo único que estaba a su alcance: las colecciones de documentos del *Archivo Americano* y *La Gaceta de Buenos Aires* le facilitaron el trabajo; allí estaban, sin omitirse alguno, los documentos oficiales de la época: los de Rosas, los de sus enemigos, los comentarios de la prensa del mundo, los discursos en los parlamentos de Londres, París y Río de Janeiro, etc.

Imagino el asombro de Saldías. Todo eso había sido ocultado «por los viejos y estériles rencores»<sup>17</sup>. Absorto leyó y meditó:

«Empezó a comprender lo que era patria, lo que era pueblo, lo que era soberanía, lo que era historia, lo que era traición. Sintió el orgullo (y también la vergüenza) de saberse argentino»<sup>18</sup>. Encontró que después de Caseros se había «demolido todo lo argentino que teníamos, para sustituirlo con ideas cuya misma inconsistencia engendra la perpetua reacción en que vivimos». Dejamos la auténtica patria por esa «ecuación del mercantilismo cuya incógnita era la nacionalidad que nunca se encontró en ese emporio sórdido del interés»<sup>19</sup>.

Llegó en su primer tomo hasta la asunción del Gobierno por Rosas en 1829, que publicó en París en 1881. Pero no ya con la mención de «la tiranía», sino llamándolo *Historia de Rosas y de su época*<sup>20</sup>. Hizo algo más en Europa: provisto de cartas de presentación para Manuela Rosas de Terrero, que tenía en su casa de Londres el valioso archivo de su padre, le pidió autorización para compulsarlo.

Encontró los documentos más valiosos de esos tiempos argentinos. Cartas de San Martín, Alvear, Belzu, Oribe, Sarratea, Guido, Manuel Moreno; informes reservados de los agentes en Europa y Río de Janeiro, «clasificaciones» policiales, carpetas de antecedentes sobre los problemas políticos. Veinte años de una época trascendental.

De esa labor surgieron los tomos segundo y tercero de su *Historia de Rosas* publicados en París en 1884 y 1887.

Saldías, en su ingenuidad, creía haber escrito el libro fundamental de historia argentina. Como discípulo mandó a Mitre los tomos a medida que los editaba. Saldías mantenía su liberalismo ideológico, pero quería «sobrepone a las preocupaciones de esta sociedad en que he nacido y en la que me he criado oyendo siempre el eco de pasiones enconadas sin reparar hasta ahora yo, y toda la generación que vino después de caído Rosas, en que ha beneficiado a nuestra pobre patria la propaganda de odios de esa generación (...) el acusar siempre, como si quisiera adelantarse a los que la han de acusar a ella también; que no analiza los verdaderos orígenes de los hechos porque le basta seguir odiando a un hombre como si este hombre no hubiera sido una *personificación* levantada y exaltada después de una serie de antecedentes ligados entre sí, y cuya lógica llevaría a odiar a la patria misma, que no es odiar, en fin, a ese cuerpo social que es su propio cuerpo (...) la sangre de su sangre». Afirmaba Saldías su liberalismo que nada tiene de común «con el liberalismo corruptor de nuestros días». Por sus viejos amores liberales salvaba de la condena a Rivadavia, Mitre, Sarmiento y Echeverría, a quienes nivelaba con Rosas.

Mitre, que al recibir el segundo tomo en 1884 había señalado su disidencia con los juicios de Saldías, se llenó de indignación al recibir en 1887 el tercer tomo. Estaba bien hacer historia con documentos, método crítico, imparcialidad, pero no tanto. Rosas había sido un tirano y no se le podía juzgar desprendiéndose de «los nobles odios» (Mitre se jactaba de «guardarlos conscientemente») que todo liberal debe tener siempre para las tiranías. Al dejar de exceder al tirano, trataba de explicarlo y eso «no era una posición progresista»; era ponerse «en oposición al espíritu universal que está en la atmósfera del planeta que habitamos». Juzgar a Rosas con el criterio de un argentino de la Confederación abatida en Caseros era «desandar el camino que lo conduciría al punto de vista en que se colocará la posteridad, colocándose (Saldías) en un punto de vista falso y atrasado». Caseros no se podía «rehacer como partida de ajedrez mal jugada»; era «el punto de partida de la época actual, completada por otra batalla también necesaria y fecunda (que el general no nombra por modestia porque era Pavón)». Las grandes batallas «no sólo vencen, convencen». No deben investigarse —«rehacerse teóricamente» dice con eufemismo— «no se rehacen porque son definitivas (...). Protestar contra sus resultados es protestar contra la corriente del tiempo que nos envuelve y lleva a la nación Argentina hacia los grandes destinos que se diseñan claros en el horizonte cercano»<sup>21</sup>.

Saldías no contestó; no podía contestar. Sería no tener sentido de las distancias. Se limitó a transcribir la carta de Mitre como prólogo de una segunda edición que llamó *Historia de la Confederación Argentina*. El nombre de «Rosas» era todavía muy fuerte para un libro argentino de historia.

La obra de Saldías tuvo relativo éxito en nuestro medio. La «conspiración del silencio», con sus poderosos medios, la ahogó. Nadie comentaba, nadie criticaba el libro que Saldías había creído que haría estremecer a la Argentina. Aunque, sin embargo, se agotaba en las librerías. «¿Ha leído usted el libro del doctor Saldías?», preguntó un alumno a un profesor que daba la versión corriente de la historia. «¡Yo! ¡Yo no leo «eso»!»<sup>22</sup>.

Si su éxito fue relativo en la Argentina, no pasó lo mismo en otros países. En sus páginas comprendieron la verdad el peruano Ricardo Palma, el mejicano Carlos Pereyra, el oriental Luis Alberto de Herrera, el brasileño Pandiá Calógeras. Donde no alcanzaba el poder de los diarios porteños «de familia» y a nadie importaban los prejuicios de una historia «oficial» el libro de Saldías tuvo completa aceptación.

Valido del archivo del general Pacheco, Ernesto Quesada publica en 1898 *La época de Rosas*, introducción a unas documentadas monografías sobre la guerra civil de 1840-41. Con severo método lógico llegó a la conclusión que Rosas y los caudillos «encarnaron el sentido de la muchedumbre anónima, fatigada de los cubileteos de los personajes de la ciudad». Después vinieron otros ensayos que trataban de defender a Rosas y a los caudillos ante el medio adverso: Carlos Rodríguez Larreta, Dardo Corvalán Mendilaharsu, Carlos Ibarguren.

<sup>17</sup> Cap. 1.º de *Historia de Rosas y de su época* (Impr. Nueva, París 1881). En ediciones posteriores, (con el nombre *Historia de la Confederación Argentina*) que modifica algunos puntos.

<sup>18</sup> J.M.R., *Historia Argentina*, t. VIII, p. 186.

<sup>19</sup> Del cap. 1.º mencionado en la nota 17.

<sup>20</sup> La grafía correcta a los apellidos del Restaurador era «Ortiz de Rosas». Ya en vida de su padre, la familia era conocida (y así firmaban sus componentes) como *Rosas*, con *ese*. Tal vez por la pronunciación de la *zeta* como *ese*, típica del habla porteña y la costumbre de abreviar los apellidos compuestos.

Quizá por empezar la historia de Rosas con el origen del apellido Ortiz de Rozas, llevó a Saldías a nominarlo de esa manera.

<sup>21</sup> *La Nación*, 19-X-1887.

<sup>22</sup> *La Biblioteca*, dirigida por Paúl Groussac (Buenos Aires, 1898, t. VII, p. 451), artículo de Saldías de réplica a José M. Ramos Mexía.

## El «reversionismo histórico»

El problema no era Rosas; no era Rosas solamente. No se trataba de enaltecer su figura ni disculparlo dentro de la historiografía liberal predominante. Era el país —la clase gobernante del país— lo que estaba en juicio. ¿Por qué se mantenía a través de los grandes diarios, de los programas escolares, de las solemnidades oficiales, una historia donde se daba la idea de que la patria no eran los argentinos, sino las modalidades y hasta la simple fraseología liberal? ¿Por qué éramos una colonia espiritual y económica? ¿Cuándo se perdió nuestra independencia y qué debería hacerse para recobrarla?

Algo del sentimiento nacionalista perduraba en las viejas familias del interior. Ricardo Caballero había encontrado que era fácil predicar el radicalismo (en su significado de «recuperación de la conciencia nacional», como dijo Alem en 1891) entre los descendientes de los *jordanistas* entrerrianos y los *rusos* cordobeses. «No podían comprender a la Unión Cívica Radical los hombres sin pasado en la dolorosa historia de nuestra patria»<sup>23</sup>. Pero predicar el radicalismo exclusivamente entre los remanentes de una Argentina transcurrida, que sobrevivían al margen del aluvión inmigratorio, llevaba a crear un movimiento de minoría, sin trascendencia política. Es cierto que esa Argentina era el depósito del alma nacional, y los hijos de inmigrantes trataban de identificarse con ella para sentirse «criollos»: imitaban sus modalidades y virtudes y compartían sus sentimientos. El pueblo, cualquiera fuera su origen racial, quería sentirse argentino. Tanto que el coronel Fernández, jefe en Córdoba de la revolución radical del 4 de febrero de 1905, dijo en su proclama que «por fin llegó el día en que terminara el régimen oprobioso que ha dominado al país desde hace cincuenta años, cubriéndonos de ignominia ante propios y extraños».

Ese *reversionismo* que identificaba al radicalismo con el federalismo (y, por lo tanto, con la patria misma como la entendieron los federales) no tuvo eco en el Gobierno radical de Yrigoyen. No habrá querido el caudillo perturbar la *reparación* con una polémica académica. Perturbar lo sentimental con una discusión racional.

Carlos Ibarguren, poseedor del archivo de la Comandancia de Campaña de Rosas, había dictado en 1922, en la Facultad de Filosofía y Letras, un curso sobre «las dictaduras trascendentales», donde trataba con simpatía la personalidad de Rosas, que, ampliado, publicará en 1930 con el título *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su tiempo, su drama*. Seguía llamando «tirano» a Rosas, y le achacaba (lo que demuestra una deficiente información de cómo se formaron los ejércitos de la independencia) que «una ola de entusiasmo toma a los jóvenes de 1810, que corren a enrolarse en las tropas, pero Rosas permaneció ausente».

La posición de *Nueva República* entre 1928 y 1930 es prescindente. Tal vez eran muchas las analogías que *La Fronda* encontraba entre Yrigoyen y Rosas, y entre la *mazorca* y el *klan radical* para abordar desapasionadamente el problema.

La reacción que el Pacto Runciman del 1 de mayo de 1933 produjo en los medios nacionalistas (no en todos) se tradujo en un libro que se puede calificar de revolucionario, *La Argentina y el imperialismo británico* de Rodolfo y Julio Irazusta, que ya estaba redactado a fines de 1933 y fue publicado a principios de 1934<sup>24</sup>.

Traía este libro la comprensión del coloniaje británico (ya denunciado por Rodolfo Irazusta en algunos artículos de *Nueva República* y *Criterio*). Pero sobre todo es el comienzo del «reversionismo histórico» desprendiéndose del liberalismo que hasta entonces había dominado en los libros sobre historia argentina, aun de los que «defendían» a Rosas. En su parte tercera, *Historia de la oligarquía argentina*, es el análisis de la influencia británica en la clase dirigente y reivindicación de Rosas por su acción frenadora del imperialismo.

Mientras Rodolfo Irazusta se dedicaría fundamentalmente a los escritos políticos, su hermano Julio se consagró al estudio de la historia argentina, especialmente de Rosas. Dio en 1935 conferencias sobre la «suma del poder público», que publicaría ese mismo año con el título *Ensayo sobre Rosas*<sup>25</sup>.

<sup>23</sup> R. Caballero, Yrigoyen. *La conspiración militar de 1905* (ed. Raiga], Buenos Aires. 1951), p. 34.

<sup>24</sup> Colec. «El mundo de hoy», ed. Cóndor, Buenos Aires, s/f.

<sup>25</sup> Colec. Megáfono, ed. Tor, Buenos Aires, 1935.

## Raúl Scalabrini Ortiz

Columnista de *La Nación* sin filiación política determinada, muy personal, muy independiente, Raúl Scalabrini Ortiz había llegado a la fama literaria a los treinta años con un libro —*El hombre que está solo y espera*—, agudo análisis del porteño de Corrientes y Esmeralda que se siente ajeno a la Argentina visible y audible que lee en los diarios y oye en los discursos políticos. El autor, vagamente ligado con la conspiración radical de 1933 sin ser radical, había redactado la proclama encomendada por Roberto Bosch, fue «demorado» en la policía y obligado a optar entre ir a Ushuaia junto a los dirigentes radicales o emigrar a Europa. Optó por lo último.

Durante su permanencia en Europa, prolongada hasta 1934, meditó sobre la realidad argentina, ya entrevista en *El hombre que está solo y espera*, y descubrió su vocación de luchador. Ha comprendido la condición servil de la Argentina y escribe en *La Gaceta de Buenos Aires*, quincenario literario independiente de Pedro Vignale, y en *Señales*, de Martínez del Castillo, sobre el coloniaje británico:

«Hemos asistido a un verdadero cataclismo de la nacionalidad. Ha ocurrido ante nuestros ojos un hecho histórico más importante que cualquiera de las invasiones inglesas. Hemos presenciado la transformación de nuestra patria, que tenía una economía maltrecha llena de infiltraciones extranjeras, pero que conservaba a pesar de todo un tono y una independencia, en una factoría absolutamente doblegada a la voluntad de Gran Bretaña»<sup>26</sup>.

En 1935 publica estos artículos con el título *Política británica* en un folleto editado por FORJA; en 1940 los edita en su editorial «Reconquista», considerablemente ampliados con el título *Política británica en el Río de la Plata*.

Analiza allí la «Historia del Banco Nacional, antecesor del Banco Central», «Historia del primer empréstito» y la «Historia de la segregación del Uruguay», además de varios estudios sobre la actualidad argentina, como «los ferrocarriles, factor principal del anti progreso» (que desarrollará más tarde en una documentada *Historia de los ferrocarriles argentinos*).

<sup>26</sup> Repr. en *Política Británica en el Río de la Plata* (ed. Reconquista, Buenos Aires, 1949).

## Los institutos revisionistas: el «grito de Santa Fe»

El fermento del nacionalismo, como ya lo decía desde 1904 el radical Ricardo Caballero, debía buscarse en el interior. Producido el «despertar del patriotismo» en 1932-33, el eco provinciano hacia una revisión de la historia fue inmediato.

En mayo de 1934 tres profesores del colegio nacional de Santa Fe, Alfredo Bello, José María Funes y el padre Alfonso Durán, inician un movimiento por la repatriación de los restos de Rosas. Su propósito iba más allá de un acto de justicia al Restaurador, pues exigían la revaloración íntegra de la historia argentina.

En agosto del mismo año el profesor cordobés Luis Martínez Villada se opuso en la Universidad de Córdoba a un homenaje proyectado a Alberdi, leyendo los párrafos de las Bases que hacían la apología del capital y del hombre extranjero. En castigo el rector Sofanor Novillo Corvalán lo suspende en su cátedra. Al tiempo todos los periódicos «serios» —que hasta ese momento habían dado hospitalidad a los comunicados de las «comisiones de repatriación» que se formaban en la República— hacen silencio para sus actividades. El director del Archivo Histórico de Santa Fe, Félix Barreto, que ha publicado la correspondencia de Rosas con Estanislao López existente en el repositorio a su cargo, con un prólogo favorable al Restaurador, es separado del cargo por orden de Lisandro de la Torre al gobernador Molinas. La edición de «Papeles de Rosas» que había escrito Barreto será secuestrada; años después se permitió su circulación, sin el prólogo de su autor.

En junio de 1938 una comisión de homenaje a Estanislao López, presidida por Alfredo Bello, ha conseguido reivindicarlo como el «prócer» máximo de Santa Fe después de vencer resistencias del ambiente liberal. El gobernador Manuel de Iriondo (de familia federal y antiguo secretario de Bernardo de Irigoyen) rodea de brillo la conmemoración del centenario de la muerte de López el 15 de junio de ese año. Asisten las autoridades nacionales y se pone la piedra fundamental del monumento a López.

Esa noche, en la recepción que se hace en el Club del Orden, Bello reúne a un grupo de historiadores para formar un *Instituto de Estudios Federalistas* que bregaría por «una ya impostergable revisión de la historia argentina»<sup>27</sup>.

<sup>27</sup> Formaron el Instituto: Alfredo M. Bello, José María Rosa (hijo), Alfonso Durán, Clementino S. Paredes, Rodolfo Borzone, José María Funes, Félix G. Barreto, Raúl Ruiz y Ruiz, Víctor Juan Mazzucca, Arturo Valdez Taboada, Ulises R. Benuzzi, Luis Alberto Candiotti, Juan Boneto de Forno, Leopoldo Chizzini Melo, Carlos Yaparraguire, Herberto Pagani, Tulio Jacovella, Vicente F. López (hijo). *Boletín del Instituto de Estudios Federalistas*, Santa Fe, n.º 1, julio 1938.

## El «Instituto Juan Manuel de Rosas»

Al día siguiente —16 de junio— se reunían en Buenos Aires, en el restaurante *Edelweiss*, los hermanos Irazusta, Alberto Contreras, general Juan Ithurbide, Ernesto Palacio, coronel Evaristo Ramírez Juárez, Pedro Vignale, Alberto Ezcurra Medrano, Isidoro García Santillán y Raúl Labougle entre otros para «provocar un movimiento de revisión histórica», resolviéndose la creación de una entidad destinada a investigar y esclarecer la época de nuestra historia que comprende el ascenso, gobierno y caída del brigadier don Juan Manuel de Rosas.

Por asamblea convocada en el Edelweiss el 6 de agosto quedó formado el Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones *Históricas*. El general Ithurbide será su primer presidente.

«No se trata —aclaraba el Instituto— de invitarlo a Rosas a participar en el festín de 1853 y de incorporarlo al panteón haciéndole un lugar junto a Sarmiento, Mitre y Urquiza. Por lo contrario, los blasones de Rosas son completamente distintos a los de aquéllos, y el primero, por no decir el único, es el de servir como ejemplo de todo lo que debe afirmarse y enfrentarse contra una experiencia de ochenta y cinco años que ha sido desastrosa para la integridad y soberanía de la Argentina.»

«Frente a la experiencia iniciada el 53, cuyos frutos advierte nuestra época, Rosas se presenta nuevamente a la conciencia pública argentina como el hombre de un destino frustrado por una conspiración de intereses y de fuerzas antinacionales. El deber patriótico de retomar ese destino implica el de estudiar a fondo la época en que fueron jalonadas sus primeras y más geniales directivas»<sup>28</sup>.

<sup>28</sup> *Revista del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas*, n.º 1, Buenos Aires, enero de 1939.